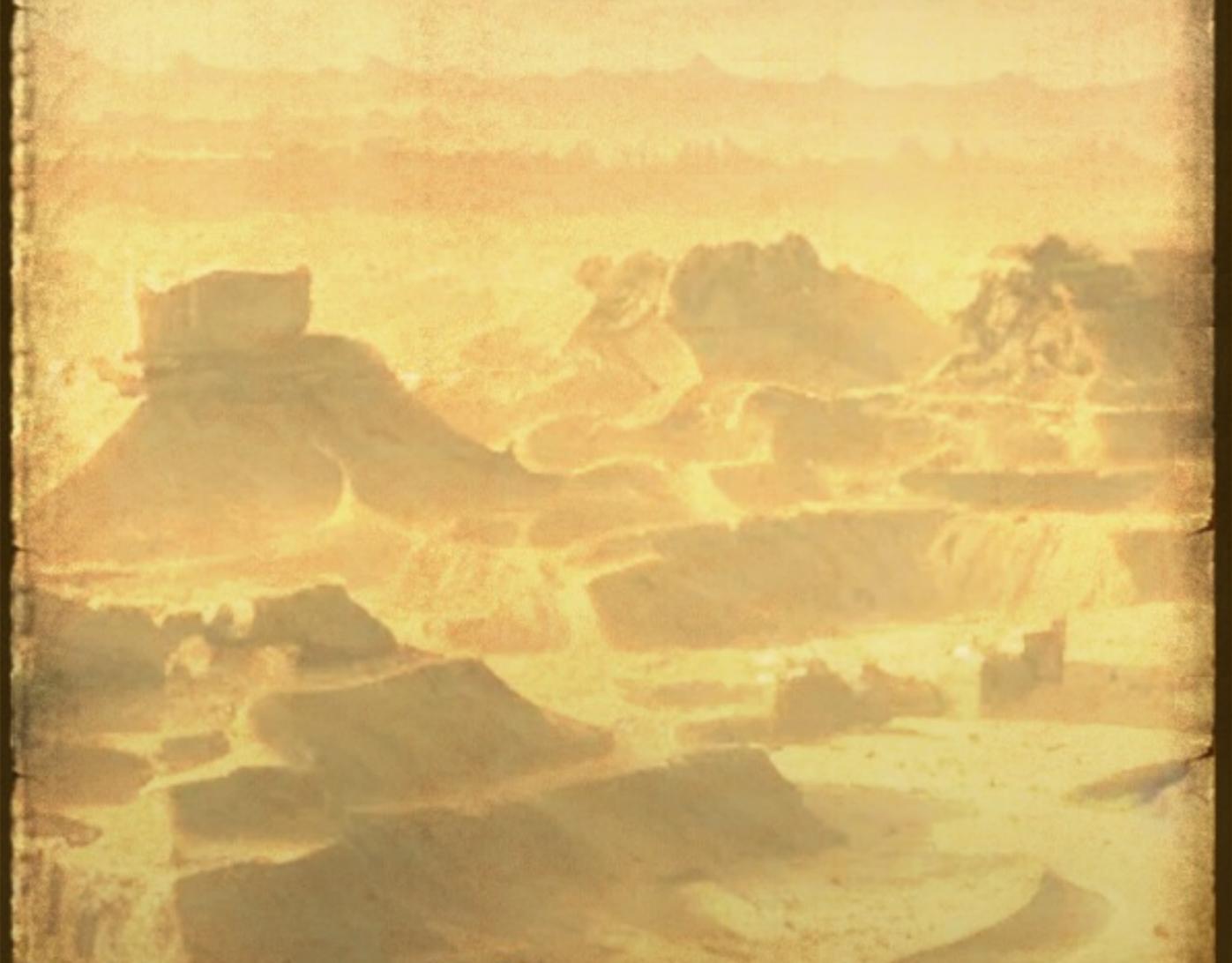




H. P. Lovecraft
La Ciudad Sin
Nombre



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

LA CIUDAD SIN NOMBRE

H. P. LOVECRAFT

**PUBLICADO: 1921
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

Cuando me acerqué a la ciudad sin nombre supe que estaba maldita. Viajaba por un valle árido y terrible bajo la luna, y a lo lejos la vi sobresalir misteriosamente por encima de las arenas como partes de un cadáver pueden sobresalir de una tumba mal hecha. El miedo hablaba desde las piedras desgastadas por la edad de este viejo superviviente del diluvio, este bisabuelo de la pirámide más antigua; y un aura sin vista me repelió y me obligó a retirarme de antiguos y siniestros secretos que ningún hombre debería ver, y que ningún otro hombre se había atrevido a ver...

Remota en el desierto de Arabia yace la ciudad sin nombre, desmoronándose e inarticulada, sus bajos muros casi ocultos por las arenas de incontables edades. Así debió de ser antes de que se colocaran las primeras piedras de Menfis y cuando aún no se habían cocido los ladrillos de Babilonia. No existe ninguna leyenda tan antigua como para darle un nombre o recordar que alguna vez estuvo viva, pero se cuenta en susurros alrededor de las hogueras y las abuelas murmuran sobre ella en las tiendas de los jeques, de modo que todas las tribus la rehúyen sin saber muy bien por qué. Abdul Alhazred, el poeta loco, soñó con este lugar la noche antes de cantar su inexplicable copla:

No está muerto lo que puede yacer eternamente,

Y con extraños eones incluso la muerte puede morir.

Debería haber sabido que los árabes tenían buenas razones para rehuir la ciudad sin nombre, la ciudad de la que se habla en extrañas historias pero que ningún hombre vivo ha visto. Sólo yo la he visto, y por eso ningún otro rostro muestra líneas de miedo tan horribles como el mío; por eso ningún otro hombre tiembla tan horriblemente cuando el viento nocturno sacude las ventanas. Cuando me topé con ella en la espantosa quietud de un sueño interminable, me miró, helada por los rayos de una luna fría en medio del calor del desierto. Y cuando le devolví la mirada, olvidé mi triunfo por haberla encontrado y me detuve con mi camello a esperar el amanecer.

Durante horas esperé, hasta que el este se volvió gris y las estrellas se apagaron, y el gris se convirtió en luz rosada bordeada de oro. Oí un gemido y vi una tormenta de arena agitándose entre las piedras antiguas, aunque el cielo estaba despejado y las vastas extensiones del desierto inmóviles. Entonces, de repente, por encima del borde del desierto, apareció el borde

ardiente del sol, visto a través de la pequeña tormenta de arena que se alejaba, y en mi estado febril imaginé que desde alguna remota profundidad llegaba un estruendo de metal musical para aclamar al disco ardiente como Memnón lo aclama desde las orillas del Nilo. Mis oídos zumbaban y mi imaginación bullía mientras conducía mi camello lentamente por la arena hacia aquel lugar sin voz; aquel lugar que sólo yo entre los hombres vivos había visto.

Entré y salí entre los cimientos sin forma de casas y lugares por los que deambulé, sin encontrar ni una sola talla o inscripción que me hablara de aquellos hombres, si es que eran hombres, que construyeron esta ciudad y la habitaron hace tanto tiempo. La antigüedad del lugar era malsana, y ansiaba encontrar algún signo o dispositivo que probase que la ciudad había sido realmente construida por el hombre. Había ciertas proporciones y dimensiones en las ruinas que no me gustaban. Llevaba conmigo muchas herramientas y excavé mucho entre los muros de los edificios destruidos, pero los progresos fueron lentos y no se descubrió nada significativo. Cuando volvió la noche y la luna, sentí un viento helado que me infundió nuevo temor, de modo que no me atreví a permanecer en la ciudad. Y cuando salí fuera de las antiguas murallas para dormir, una pequeña y suspirante tormenta de arena se acumuló detrás de mí, soplando sobre las piedras grises, aunque la luna estaba brillante y la mayor parte del desierto inmóvil.

Me desperté justo al amanecer de un desfile de sueños horribles, con los oídos zumbándome como por un tañido metálico. Vi que el sol se asomaba rojizo a través de las últimas ráfagas de una pequeña tormenta de arena que se cernía sobre la ciudad sin nombre y marcaba la quietud del resto del paisaje. Una vez más me aventuré dentro de aquellas ruinas inquietantes que se hinchaban bajo la arena como un ogro bajo un cobertor, y de nuevo cavé en vano en busca de reliquias de la raza olvidada. A mediodía descansé, y por la tarde pasé mucho tiempo rastreando las murallas y las antiguas calles, y los contornos de los edificios casi desaparecidos. Me di cuenta de que la ciudad había sido realmente poderosa y me pregunté de dónde procedía su grandeza. Me imaginé todos los esplendores de una época tan lejana que Caldea no podía recordarla, y pensé en Sarnath la Condenada, que se alzaba en la tierra de Mnar cuando la humanidad era joven, y en Ib, que fue tallada en piedra gris antes de que existiera la humanidad.

De pronto llegué a un lugar donde la roca del lecho se elevaba a través de la arena y formaba un acantilado bajo; y aquí vi con alegría lo que parecía prometer nuevas huellas del pueblo antediluviano. Escarbaduras rudamente en la cara del acantilado estaban las fachadas inconfundibles de varias casas o templos de roca, pequeños y achaparrados, cuyos interiores podían conservar muchos secretos de épocas demasiado remotas para calcularlos, aunque las tormentas de arena habían borrado hacía tiempo cualquier escultura que pudiera haber en el exterior.

Muy bajas y llenas de arena eran todas las oscuras aberturas cercanas a mí, pero me abrí paso con mi pala y me arrastré a través de ellas, llevando una antorcha para revelar los misterios que pudieran contener. Cuando estuve dentro vi que la caverna era realmente un templo, y contemplé signos evidentes de la raza que había vivido y rendido culto antes de que el desierto fuera desierto. No faltaban altares primitivos, pilares y nichos, todos curiosamente bajos; y aunque no vi esculturas ni frescos, había muchas piedras singulares claramente modeladas en símbolos por medios artificiales. La profundidad de la cámara cincelada era muy extraña, pues apenas podía arrodillarme; pero el área era tan grande que mi antorcha sólo mostraba una parte a la vez. Me estremecí extrañamente en algunos de los rincones más alejados, pues ciertos altares y piedras me sugirieron ritos olvidados de naturaleza terrible, repugnante e inexplicable, y me hicieron preguntarme qué clase de hombres podrían haber construido y frecuentado un templo semejante. Cuando hube visto todo lo que el lugar contenía, me arrastré fuera de nuevo, ávido de encontrar lo que los templos pudieran depararme.

Se acercaba la noche, pero las cosas tangibles que había visto hacían que la curiosidad fuera más fuerte que el miedo, de modo que no huí de las largas sombras de la luna que me habían intimidado la primera vez que vi la ciudad sin nombre. En el crepúsculo despejé otra abertura y con una nueva antorcha me arrastré hasta ella, encontrando más piedras y símbolos vagos, aunque nada más definido que lo que contenía el otro templo. La sala era igual de baja, pero mucho menos ancha, y terminaba en un pasadizo muy estrecho atestado de santuarios oscuros y crípticos. Estaba curioseando sobre estos santuarios cuando el ruido del viento y de mi camello fuera rompió la quietud y me hizo salir para ver qué podía haber asustado a la bestia.

La luna brillaba vívidamente sobre las primitivas ruinas, iluminando una densa nube de arena que parecía soplada por un viento fuerte pero decre-

ciente desde algún punto del acantilado que tenía delante. Sabía que era ese viento gélido y arenoso el que había molestado al camello y estaba a punto de llevarlo a un lugar mejor resguardado cuando, por casualidad, levanté la vista y vi que no había viento en lo alto del acantilado. Esto me asombró y me hizo temer de nuevo, pero enseguida recordé los repentinos vientos locales que había visto y oído antes al amanecer y al atardecer, y juzgué que era algo normal. Decidí que procedía de alguna fisura rocosa que conducía a una cueva, y observé la turbulenta arena para rastrearla hasta su fuente; pronto percibí que procedía del negro orificio de un templo a gran distancia al sur de mí, casi fuera de mi vista. Contra la nube de arena que me asfixiaba, me dirigí hacia el templo, que, a medida que me acercaba, parecía más grande que el resto y mostraba una puerta mucho menos obstruida por la arena apelmazada. Habría entrado si la terrible fuerza del viento helado no hubiera estado a punto de apagar mi antorcha. Salía enloquecido por la oscura puerta, suspirando misteriosamente al remover la arena y esparcirse entre las extrañas ruinas. Pronto se hizo más tenue y la arena se aquietó más y más, hasta que por fin todo volvió a la calma; pero una presencia parecía acechar entre las piedras espectrales de la ciudad, y cuando miré a la luna parecía temblar como si se reflejara en aguas inquietas. Estaba más asustado de lo que podía explicar, pero no lo suficiente como para saciar mi sed de asombro; así que en cuanto el viento desapareció, crucé a la cámara oscura de donde había venido.

Este templo, como había imaginado desde el exterior, era más grande que cualquiera de los que había visitado antes, y presumiblemente era una caverna natural, ya que recibía vientos de alguna región más allá. Aquí podía mantenerme en pie, pero vi que las piedras y los altares eran tan bajos como los de los otros templos. En las paredes y el techo contemplé por primera vez algunos rastros del arte pictórico de la antigua raza, curiosas vetas rizadas de pintura que casi se habían desvanecido o desmoronado; y en dos de los altares vi con creciente excitación un laberinto de tallas curvilíneas bien elaboradas. Mientras sostenía mi antorcha en alto, me pareció que la forma del techo era demasiado regular para ser natural, y me pregunté en qué habrían trabajado primero los talladores de piedra prehistóricos. Su habilidad como ingenieros debía de ser enorme.

Entonces un resplandor más brillante de la fantástica llama mostró la forma que yo había estado buscando, la abertura a aquellos abismos más remo-

tos de donde había soplado el viento repentino; y me desmayé al ver que era una puerta pequeña y claramente artificial cincelada en la roca maciza. Introduje mi antorcha en el interior, contemplando un túnel negro con el techo arqueándose bajo sobre un áspero tramo de escalones muy pequeños, numerosos y en pronunciado descenso. Siempre veré esos escalones en mis sueños, porque llegué a saber lo que significaban. En aquel momento apenas sabía si llamarlos escalones o simples puntos de apoyo en un descenso precipitado. Mi mente se arremolinaba con locos pensamientos, y las palabras y advertencias de los profetas árabes parecían flotar a través del desierto desde la tierra que los hombres conocen hasta la ciudad sin nombre que los hombres no se atreven a conocer. Sin embargo, vacilé sólo un instante antes de atravesar el portal y comenzar a descender cautelosamente por el empinado pasadizo, con los pies por delante, como si estuviera subido a una escalera.

Sólo en los terribles fantasmas de las drogas o del delirio puede un hombre tener un descenso como el mío. El estrecho pasadizo descendía infinitamente como un horrible pozo encantado, y la antorcha que sostenía sobre mi cabeza no podía iluminar las profundidades desconocidas hacia las que me arrastraba. Perdí la noción de las horas y olvidé consultar mi reloj, aunque me asusté al pensar en la distancia que debía de estar recorriendo. Había cambios de dirección y de inclinación, y una vez llegué a un pasadizo largo, bajo y llano donde tuve que deslizarme primero con los pies por el suelo rocoso, sosteniendo la linterna a un brazo de distancia de mi cabeza. El lugar no era lo bastante alto para arrodillarse. Después había más escalones empinados y seguía bajando interminablemente cuando mi linterna se apagó. Creo que no me di cuenta en ese momento, porque cuando me di cuenta todavía la sostenía por encima de mí como si estuviera encendida. Mi instinto por lo extraño y lo desconocido, que me había convertido en un trotamundos de la tierra y en un merodeador de lugares lejanos, antiguos y prohibidos, me desequilibraba por completo.

En la oscuridad pasaron por mi mente fragmentos de mi preciado tesoro de sabiduría daemónica; frases de Alhazred el árabe loco, párrafos de las pesadillas apócrifas de Damascio y líneas infames de la delirante *Image du Monde* de Gauthier de Metz. Repetí extraños extractos y murmuré sobre Afrasiab y los demonios que flotaban con él por el Oxus; más tarde canturreé una y otra vez una frase de uno de los cuentos de Lord Dunsany: "La

irreverberable negrura del abismo". Una vez, cuando el descenso se hizo asombrosamente empinado, recité algo cantado de Thomas Moore hasta que temí recitar más:

*Un depósito de oscuridad, negro
Como los calderos de las brujas, cuando se llenan
Con drogas lunares destiladas en el eclipse
Inclinándome para ver si podía pasar un pie
A través de ese abismo, vi, debajo,
Tan lejos como la visión podía explorar,
Los lados del muelle tan lisos como el cristal,
Como si estuvieran barnizados...
Con esa oscura brea que el Asiento de la Muerte
arroja sobre su viscosa orilla.*

El tiempo había dejado de existir cuando mis pies volvieron a tocar un suelo llano y me encontré en un lugar ligeramente más alto que las habitaciones de los dos templos más pequeños, ahora tan incalculablemente por encima de mi cabeza. No podía ponerme de pie, pero sí arrodillarme, y en la oscuridad me arrastré de un lado a otro al azar. Pronto supe que me hallaba en un estrecho pasadizo cuyas paredes estaban revestidas de cajas de madera con frentes de cristal. Como en aquel lugar paleozoico y abismal me parecía ver cosas como madera pulida y cristal, me estremecí ante las posibles implicaciones. Al parecer, las vitrinas estaban dispuestas a lo largo de cada lado del pasadizo, a intervalos regulares, y eran oblongas y horizontales, horriblemente parecidas a ataúdes por su forma y tamaño. Cuando intenté mover dos o tres para examinarlas más detenidamente, descubrí que estaban firmemente sujetas.

Vi que el pasadizo era largo, así que avancé rápidamente, arrastrándome, lo que me habría parecido horrible si cualquier ojo me hubiera observado en la negrura; de vez en cuando cruzaba de un lado a otro para palpar lo que me rodeaba y asegurarme de que las paredes y las hileras de cajas seguían extendidas. El hombre está tan acostumbrado a pensar visualmente que casi olvidé la oscuridad e imaginé el interminable pasillo de madera y cristal en

su monotonía de tachones bajos como si lo viera. Y entonces, en un momento de emoción indescriptible, lo vi.

No sabría decir en qué momento mi fantasía se fundió con la visión real, pero se produjo un resplandor gradual y, de repente, supe que veía los ténues contornos de un pasillo y las vitrinas, revelados por una fosforescencia subterránea desconocida. Durante un rato todo fue exactamente como lo había imaginado, ya que el resplandor era muy débil; pero a medida que avanzaba dando tumbos mecánicamente hacia la luz más fuerte, me di cuenta de que mi fantasía había sido muy débil. Esta sala no era una reliquia de crudeza como los templos de la ciudad, sino un monumento del arte más magnífico y exótico. Diseños y cuadros ricos, vivos y atrevidamente fantásticos formaban un esquema continuo de pinturas murales cuyas líneas y colores eran indescriptibles. Las vitrinas eran de una extraña madera dorada, con frentes de cristal exquisito, y contenían las formas momificadas de criaturas que superaban en grotesco los sueños más caóticos del hombre.

Es imposible dar una idea de estas monstruosidades. Eran del tipo de los reptiles, con líneas corporales que sugerían a veces el cocodrilo, a veces la foca, pero más a menudo nada de lo que el naturalista o el paleontólogo hubieran oído jamás. Su tamaño se aproximaba al de un hombre pequeño, y sus patas delanteras tenían pies delicados y evidentes, curiosamente parecidos a manos y dedos humanos. Pero lo más extraño de todo eran sus cabezas, que presentaban un contorno que violaba todos los principios biológicos conocidos. A nada pueden compararse bien tales cosas; en un instante pensé en comparaciones tan variadas como el gato, la rana toro, el mítico sátiro y el ser humano. Ni el mismísimo Jove había tenido una frente tan colosal y protuberante; sin embargo, los cuernos, la nariz y la mandíbula de caimán situaban las cosas fuera de todas las categorías establecidas. Me debatí durante un tiempo sobre la realidad de las momias, sospechando a medias que eran ídolos artificiales; pero pronto decidí que se trataba de alguna especie paleógena que había vivido cuando la ciudad sin nombre estaba viva. Para coronar su grotesco aspecto, la mayoría de ellas estaban magníficamente ataviadas con las telas más costosas y profusamente cargadas de adornos de oro, joyas y metales brillantes desconocidos.

La importancia de estas criaturas reptantes debía de ser enorme, pues ocupaban el primer lugar entre los diseños salvajes de las paredes y el techo pintados al fresco. Con inigualable habilidad, el artista las había dibujado en

un mundo propio, en el que tenían ciudades y jardines diseñados a su medida; y no pude evitar pensar que la historia que representaban era alegórica, y que tal vez mostraba el progreso de la raza que las adoraba. Estas criaturas, me dije, eran para los hombres de la ciudad sin nombre lo que la loba era para Roma, o algún tótem para una tribu de indios.

Con esta perspectiva, pude trazar a grandes rasgos una maravillosa epopeya de la ciudad sin nombre; la historia de una poderosa metrópoli costera que dominó el mundo antes de que África surgiera de las olas, y de sus luchas cuando el mar se retiró y el desierto se deslizó en el fértil valle que la albergaba. Vi sus guerras y triunfos, sus problemas y derrotas, y después su terrible lucha contra el desierto, cuando miles de sus habitantes -representados aquí en alegoría por los grotescos reptiles- se vieron obligados a abrirse paso a través de las rocas de una manera maravillosa hacia otro mundo del que les habían hablado sus profetas. Todo era vívidamente extraño y realista, y su conexión con el impresionante descenso que yo había hecho era inconfundible. Incluso reconocí los pasadizos.

Mientras me arrastraba por el corredor hacia la luz más clara, vi las últimas etapas de la epopeya pintada: la partida de la raza que había habitado la ciudad sin nombre y el valle circundante durante diez millones de años; la raza cuyas almas se resistían a abandonar las escenas que sus cuerpos habían conocido durante tanto tiempo, donde se habían asentado como nómadas en la juventud de la tierra, tallando en la roca virgen aquellos santuarios primigenios a los que nunca habían dejado de rendir culto. Ahora que la luz era mejor, estudié las imágenes más de cerca y, recordando que los extraños reptiles debían representar a los hombres desconocidos, reflexioné sobre las costumbres de la ciudad sin nombre. Muchas cosas eran peculiares e inexplicables. La civilización, que incluía un alfabeto escrito, se había elevado aparentemente a un orden superior al de aquellas civilizaciones inconmensurablemente posteriores de Egipto y Caldea; sin embargo, había curiosas omisiones. Por ejemplo, no pude encontrar imágenes que representaran muertes o costumbres funerarias, salvo las relacionadas con guerras, violencia y plagas; y me sorprendió la reticencia mostrada ante la muerte natural. Era como si se hubiera fomentado un ideal de inmortalidad como una alegre ilusión.

Todavía más cerca del final del pasaje se pintaban escenas de la mayor pintoresquismo y extravagancia: vistas contrastadas de la ciudad sin nombre

en su deserción y creciente ruina, y del extraño nuevo reino del paraíso al que la raza se había abierto camino a través de la piedra. En estas vistas, la ciudad y el valle desértico se mostraban siempre a la luz de la luna, con nimbos dorados que se cernían sobre los muros caídos y que revelaban a medias la espléndida perfección de tiempos pasados, mostrada de forma espectral y evasiva por el artista. Las escenas paradisíacas eran casi demasiado extravagantes para ser creídas, retratando un mundo oculto de día eterno lleno de ciudades gloriosas y colinas y valles etéreos. Al final me pareció ver signos de un anticlímax artístico. Las pinturas eran menos hábiles y mucho más extrañas que las escenas anteriores, incluso las más salvajes. Parecían registrar una lenta decadencia del antiguo pueblo, unida a una creciente ferocidad hacia el mundo exterior, del que había sido expulsado por el desierto. Las formas del pueblo -siempre representadas por los reptiles sagrados- parecían estar consumiéndose gradualmente, aunque su espíritu, tal como se mostraba flotando sobre las ruinas a la luz de la luna, aumentaba en proporción. Sacerdotes demacrados, mostrados como reptiles con túnicas ornamentadas, maldecían el aire superior y a todos los que lo respiraban; y una terrible escena final mostraba a un hombre de aspecto primitivo, tal vez un pionero de la antigua Irem, la Ciudad de los Pilares, despedazado por miembros de la raza más antigua. Recuerdo cómo los árabes temen a la ciudad sin nombre, y me alegré de que más allá de este lugar las paredes grises y el techo estuvieran desnudos.

Mientras contemplaba el desfile de la historia mural me había acercado mucho al final de la sala de techo bajo, y fui consciente de una puerta por la que entraba toda la fosforescencia iluminadora. Arrastrándome hasta ella, exclamé en voz alta con trascendente asombro lo que había más allá; pues en lugar de otras cámaras más luminosas sólo había un vacío ilimitado de resplandor uniforme, como el que uno podría imaginarse al contemplar desde la cima del monte Everest un mar de niebla iluminada por el sol. Detrás de mí había un pasadizo tan estrecho que no podía mantenerme erguido en él; ante mí había una infinidad de resplandores subterráneos.

Bajando desde el pasadizo hacia el abismo había una empinada escalinata -pequeños y numerosos escalones como los de los pasadizos negros que había atravesado-, pero a los pocos metros los vapores incandescentes lo ocultaban todo. Abierta contra la pared izquierda del pasadizo había una enorme puerta de latón, increíblemente gruesa y decorada con fantásticos bajorrelie-

ves, que si se cerraba podía cerrar todo el mundo interior de luz de las bóvedas y pasadizos de roca. Miré el escalón y, por una vez, no me atreví a intentarlo. Toqué la puerta de latón abierta y no pude moverla. Entonces me desplomé tendido sobre el suelo de piedra, con la mente encendida de prodigiosas reflexiones que ni siquiera un agotamiento parecido al de la muerte pudo desterrar.

Mientras permanecía inmóvil con los ojos cerrados, libre para reflexionar, muchas cosas que había observado a la ligera en los frescos volvieron a mí con un significado nuevo y terrible: escenas que representaban la ciudad sin nombre en su apogeo, la vegetación del valle que la rodeaba y las tierras lejanas con las que comerciaban sus mercaderes. La alegoría de las criaturas reptantes me desconcertó por su prominencia universal, y me extrañó que se siguiera tan de cerca en una historia ilustrada de tanta importancia. En los frescos, la ciudad sin nombre había sido representada en proporciones adecuadas a los reptiles. Me pregunté cuáles habrían sido sus verdaderas proporciones y magnificencia, y reflexioné un momento sobre ciertas rarezas que había observado en las ruinas. Pensé con curiosidad en la poca altura de los templos primitivos y del corredor subterráneo, que sin duda fueron labrados así por deferencia a las deidades reptiles que allí se honraban; aunque forzosamente reducía a los adoradores a arrastrarse. Tal vez los propios ritos implicaban arrastrarse imitando a las criaturas. Ninguna teoría religiosa, sin embargo, podría explicar fácilmente por qué el nivel de los pasadizos en aquel impresionante descenso debía ser tan bajo como el de los templos, o más bajo, puesto que uno ni siquiera podía arrodillarse en él. Al pensar en las criaturas reptantes, cuyas horribles formas momificadas estaban tan cerca de mí, sentí una nueva punzada de miedo. Las asociaciones mentales son curiosas, y me acobardaba la idea de que, salvo el pobre hombre primitivo despedazado en el último cuadro, la mía era la única forma humana entre las muchas reliquias y símbolos de la vida primordial.

Pero como siempre en mi extraña y errante existencia, el asombro pronto ahuyentó al miedo; porque el luminoso abismo y lo que podría contener presentaban un problema digno del mayor explorador. No podía dudar de que un extraño mundo de misterio se hallaba más allá de aquel tramo de escalones peculiarmente pequeños, y esperaba encontrar allí los recuerdos humanos que el corredor pintado no me había proporcionado. Los frescos ha-

bían representado ciudades y valles increíbles en este reino inferior, y mi imaginación se detuvo en las ricas y colosales ruinas que me esperaban.

Mis temores se referían más al pasado que al futuro. Ni siquiera el horror físico de mi posición en aquel estrecho corredor de reptiles muertos y frescos antediluvianos, a kilómetros por debajo del mundo que conocía y frente a otro mundo de luz y niebla espeluznantes, podía igualar el pavor letal que sentía ante la antigüedad abismal de la escena y su alma. Desde las piedras primigenias y los templos excavados en la roca de la ciudad sin nombre parecía asomarse una antigüedad tan vasta que resultaba difícil medirla, mientras que los últimos de los asombrosos mapas de los frescos mostraban océanos y continentes olvidados por el hombre, con sólo algunos contornos vagamente familiares. Nadie podría decir lo que había sucedido en las eras geológicas transcurridas desde que cesaron las pinturas y la raza que odiaba a la muerte sucumbió resentida a la decadencia. La vida había bullido una vez en estas cavernas y en el luminoso reino del más allá; ahora estaba solo con reliquias vívidas, y temblaba al pensar en las incontables edades a través de las cuales estas reliquias habían mantenido una silenciosa vigilia desierta.

De pronto me sobrevino otra ráfaga de ese miedo agudo que se había apoderado de mí intermitentemente desde que vi por primera vez el terrible valle y la ciudad sin nombre bajo la fría luna, y a pesar de mi agotamiento me encontré poniéndome frenéticamente en posición sentada y mirando hacia atrás a lo largo del corredor negro hacia los túneles que se elevaban hacia el mundo exterior. Mis sensaciones eran como las que me habían hecho rehuir la ciudad sin nombre por la noche, y eran tan inexplicables como conmovedoras. En otro momento, sin embargo, recibí una conmoción aún mayor en forma de un sonido definido, el primero que había roto el silencio absoluto de aquellas profundidades sepulcrales. Era un gemido grave y profundo, como el de una multitud lejana de espíritus condenados, y provenía de la dirección en que yo miraba. Su volumen creció rápidamente, hasta que pronto reverberó por todo el pasadizo bajo, y al mismo tiempo fui consciente de una creciente corriente de aire antiguo, que también fluía desde los túneles y la ciudad de arriba. El contacto con este aire pareció devolverme el equilibrio, pues recordé al instante las repentinas ráfagas que se habían levantado en torno a la boca del abismo cada atardecer y cada amanecer, una de las cuales me había revelado, en efecto, los túneles ocultos. Miré mi reloj

y vi que el amanecer estaba cerca, así que me preparé para resistir el vendaval que bajaba hacia su hogar en la caverna como lo había hecho al atardecer. Mi temor volvió a disminuir, pues un fenómeno natural tiende a disipar las cavilaciones sobre lo desconocido.

El viento nocturno, chillón y quejumbroso, se precipitaba cada vez con más locura en el golfo de la tierra interior. Me dejé caer de nuevo y me agarré en vano al suelo por miedo a ser arrastrado por la puerta abierta hacia el abismo fosforescente. No esperaba semejante furia, y al darme cuenta de que mi cuerpo se deslizaba hacia el abismo, me asaltaron mil nuevos terrores de aprensión e imaginación. La malignidad de la explosión despertó fantasías increíbles; una vez más me comparé estremecedoramente con la única imagen humana en aquel espantoso corredor, el hombre que fue despedazado por la raza sin nombre, porque en las garras diabólicas de las corrientes arremolinadas parecía habitar una rabia vengativa tanto más fuerte cuanto que era en gran parte impotente. Creo que grité frenéticamente cerca del último -casi enloquecí- de los aullantes espectros de viento. Intenté arrastrarme contra el torrente invisible y asesino, pero ni siquiera pude sostenerme mientras me empujaban lenta e inexorablemente hacia el mundo desconocido. Finalmente, la razón debió de quebrarse por completo, pues caí balbuceando una y otra vez aquella inexplicable copla del loco árabe Alhazred, que soñaba con la ciudad sin nombre:

No está muerto lo que puede yacer eternamente,

Y con extraños eones incluso la muerte puede morir.

Sólo los sombríos dioses del desierto saben lo que realmente ocurrió, qué indescriptibles luchas y forcejeos en la oscuridad soporté o qué Abaddon me guió de vuelta a la vida, donde siempre debo recordar y temblar en el viento nocturno hasta que el olvido -o algo peor- me reclame. Monstruoso, antinatural, colosal, era aquello -demasiado más allá de todas las ideas del hombre para ser creído excepto en las silenciosas y malditas pequeñas horas de la mañana cuando uno no puede dormir.

He dicho que la furia de la ráfaga era infernal, cacodaemoniaca, y que sus voces eran horribles, con la crueldad contenida de eternidades desoladas. De pronto, esas voces, aún caóticas ante mí, parecieron a mi cerebro palpitante tomar forma articulada detrás de mí; y allá abajo, en la tumba de innumerables antigüedades muertas hace eones, a leguas por debajo del mundo

de los hombres iluminado por el alba, oí las espantosas maldiciones y gruñidos de demonios de lenguas extrañas. Al volverme, vi perfilado contra el éter luminoso del abismo lo que no podía verse contra el crepúsculo del corredor: una horda de pesadilla de demonios que se precipitaban; demonios distorsionados por el odio, grotescamente ataviados, medio transparentes, de una raza que nadie podría confundir: los reptiles rastreros de la ciudad sin nombre.

Y cuando el viento se desvaneció, me sumergí en la oscuridad macabra de las entrañas de la tierra, pues detrás de la última de las criaturas la gran puerta de bronce se cerró con un ensordecedor tañido de música metálica cuyas reverberaciones se extendieron por el mundo lejano para aclamar al sol naciente como Memnón lo aclama desde las orillas del Nilo.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**